LA VOZ DE MEXICO

DIARIO RELIGIOSO, POLITICO, CIENTIFICO Y LITERARIO

Justitia elevat gentem; miseros Autem facit populos peccatum. Prov. XIV. 34

TOMO XX — MEXICO, SABADO 12 DE OCTUBRE DE 1889 — NUM. 233

Biblioteca Nacional.

APARTADO POSTAL NUM. 455

"LA VOZ DE MEXICO" se publica todos los días, e dopto el siguiente al de fiesta religiosa.

La suscrición mensual adelantada cuesta en México 99 centavos; fuera $1 50 centavos; y se recibe en la administración de este periódico, lo mismo que los avisos.

A los señores corresponsales se les abona el 15 p. % una suscrición gratis por cada diez que coloquen, se girará á su cargo al fin de cada bimestre.—No se responde por extravíos en el correo.—Número del día, medio real; atrasado, un real.

UNICOS AGENTES

de este periódico para contratar anuncios de Drogas, Especialidades farmaceúticas y Perfumería:

EN PARIS: los SS. Amédée Prince e Cie. rue Lafayette 36.—Sucursal en Londres: 10 Coleman Street.

EN MEXICO: los. Sres. Faine y Sanders y J. Labadie Sucs y Cia.

ADMINISTRADOR,
EUSEBIO PATIÑO.

SECCION RELIGIOSA.

OCTUBRE

SABADO 12. NUESTRA SEÑORA DEL PILAR DE ZARAGOZA, San Maximiliano y San Wilfrido Obs. Confesores; San Cerafín Conf. y el Beato Camilo Constantino Mr.—Función titular en la Antigua Enseñanza con indulgencia plenaria, exposición del Divinísimo todo el día y nocturno por la tarde.—Función semanal á Nuestra Señora de Guadalupe, que celebra en su Santuario la mitra del Obispado de Chiapas.—Vísperas y maitines muy solemnes en la parroquia de San Miguel.

INDULGENCIA CIRCULAR—En Santa María: cincuenta días.

Directorio Eclesiástico.

OCTOBER

Luna. Mist patent ab h. 4 et 15 m. mane. Matut resitari ab h. 3 Vesp.

Dom. 18ª *post Pentecost. et 3ª Octobris.* Fest. MATERNITATIS B. MARIÆ V. dp. maj. *(alb.) Offic. ut in Codic. novviss. impress.* 9. l. et com. Dom. et S. Eduardi Rège. C. in Laud. *(Ad Prim.* V. Qui natus es.....) et Miss. prop. *Cr.* Pf. *Et te in festivitate.* ult. Ev. Dom. Vp. ant. com. seq. et Dom. ac S. Eduardi Reg. C. ut in 2. Vp.

EDITORIAL.

LO QUE EL LIBERALISMO DA Á LAS SOCIEDADES

Son por demás halagadoras y abundantes, brillantes y halagadoras hasta la fascinación las promesas que el liberalismo hace á las sociedades que procura sujetar al yugo de la esclavitud. Porque aunque la cosa parezca rara y se presenten los conceptos como contradictorios, la verdad es que el liberalismo hace esclavos á los pueblos sobre la humillada cerviz establece su imperio. No es que no les da el nombre de siervos pero en todos los tonos ensalza y proclama la inviolable libertad; pero son tan libres, tan dueños de sus destinos, tan señores de sí mismos, como son padres de todos, representantes de la nación y mandatarios de la unidad, los gobernantes que con el nombre del liberalismo y personificándolo en la marcha de los negocios públicos, logran escalar las casi etéreas regiones del poder.

Donde el liberalismo reina es donde existe, por la fuerza incontrastable de ese abismo de la ciencia, de la política y de la vida, al de las naciones que tienen la desventura de recibirlo en herencia, los amos más despóticos y los esclavos más vilipendiados que la humana mente puede imaginar.

La aspiración postrera de la escuela, del partido y del gobierno que se cubren con el manto del liberalismo, consiste en la depresión, en la ausencia, en el aniquilamiento, en cuanto sea posible, de toda idea moral y religiosa, de todos los sentimientos que brotan de las dulces fuentes de bien y de verdad. Ensanchada su influencia y conquistado con la conciencia suya el grado supremo de la falsa libertad que rompe todo vínculo con DIOS, todo lazo de obligación y deber con el hombre, el campo fácil y naturalmente cae bajo el dominio de la fuerza y del capricho, y exclusivamente se divide entre los que logran hacerse merced á los elementos con que la audacia los dota, y los desgraciados á quienes no cabe más suerte que sufrir la fatal dominación. El testimonio de la historia es innegable, y mientras en los pueblos de verdad regidos por la idea y la moral católicas, se cuentan á centenares los gobernantes que son en la realidad amorosos y tiernos padres suyos, que se consagran á constituirles la felicidad y el engrandecimiento por patrimonio, y que no vacilan en sacrificar hasta la vida por el bien de aquellos; á millares brotan los opresores hipócritas, los falaces tiranos, los sacrificadores hasta la ruina y el martirio de sus súbitos, en lo que tienen cubierto el solio del poder con la bandera del liberalismo.

A los gobernantes católicos, cualquiera que sea la forma con que hayan gobernado, y más si ha sido la monárquica, fácilmente les llaman tiranos las mendaces plumas que se encargan, para alucinar á las masas ignaras, de escribir y formar los anales de la *libertad*. A los gobernantes inmorales é irreligiosos, es decir, que se hacen encarnaciones del liberalismo, sus adeptos los proclaman con cínica audacia restauradores y custodios de los derechos de la humanidad. ¡Ah; pero cuán ardua es la tarea de probar la tiranía de los primeros, y cuán espontáneamente salta á la meridiana luz la mentira que forja sus loores á los segundos!

Axioma es, al presente indiscutible, y demostrado con la evidencia que los hechos imprimen, que cuanto más se acercan al liberalismo las sociedades y más se alejan de la idea católica las naciones, mayor tiranía se entroniza en su seno y más profundo adiós les dirige la santa y verdadera libertad. El dón de la tiranía es el que por excelencia otorga el liberalismo á los pueblos que sojuzga; y los invade con ella no franca, no descaradamente, porque entonces se pondrían en guardia y resistirían con heroico esfuerzo la mortal invasión; sino artera, traidoramente, como se da el veneno en brillante copa para ocultar la traición de matar, como so pretexto de un medicamento que salva, se infiltra en las entrañas de un ser que se ha escogido por víctima, el tósigo fatal.

El liberalismo, que está abajo y pretende encumbrarse, comienza por prometerlo todo y sube con las movedizas muchedumbres al monte de la tentación. Les muestra desde allí los lejanos horizontes que limitarán apenas su poder, los dilatados campos que en frutos, en riquezas, en júbilos de todo género, han de darles cuanto quieran, cuanto puedan apetecer. Ellas serán dueñas de sí mismas, y humilde mandatario suyo el liberalismo que en su nombre se coloque al frente de la nación; nada haráse sin su voluntad, nada habrá que las contraríe; nada de cuanto les importe é interese que no llegue á su conocimiento y no se resuelva por medio de su criterio supremo: caerán rotas á sus plantas las férreas cadenas que las aherrojaban antes, y no habrá derecho suyo que no sea respetado y defendido, aspiración legítima que no quede satisfecha y voto y voluntad encaminados á su bien que carezcan de perfecta eficacia. Si esas multitudes son creyentes y guardan en sus corazones germen de fe y de piedad, descubrirán al frente y como la capital y fundamental de aquellas promesas seductoras, la de una invulnerable garantía en pro de su conciencia y de su Religión.

¡Oh DIOS, cuanta maldad en el torpe y funesto engaño! Aquel liberalismo que tanto prometía cuando impetraba auxilio para ascender, todo lo desmiente, todo lo contradice desde que cumple las ansias de su afan. Convierte á la mentira en fecundo recurso de sus operaciones, y de la contradicción hace su bandera permanente: nada hay ya de poder para clases, para multitudes ni sociedades; y la violación del voto público es la manera perpetua de que aquel se trasmita á quienes han de usurparlo; y los fidelísimos y obedientes mandatarios de ayer se truecan en los soberbios y despiadados señores de hoy. El bienestar, las grandezas y el imperio pertenecerán ante todo á los dominadores, aunque se conquisten con el sudor y las fatigas de los dominados; y apenas las migajas, los restos que naturalmente se desprendan de las opíparas mesas á que se sientan los primeros, vendrán á dar á los segundos pobre alimento. La voluntad pública no será consultada, y cuando por cualquier accidente se manifieste adversa, poco ha de importar contrariarla y oprimirla.

Tendráse á la generalidad en completa ignorancia de cuanto le atañe, y acerca de los más graves negocios, de los asuntos más vitales en que vayan de por medio su presente y su porvenir; no sabrá siquiera lo que se hace, menos lo que se piensa, y ni mucho menos lo que se haya de resolver; por cada cadena rota se pondrán mil nuevas al pueblo para que no se mueva, para que no hable, para que no respire; y no existirá derecho, no habrá aspiración, no dejará sentirse voto alguno, que no estén sometidos á un criterio extraño, á un criterio que no es el de la justicia, ni del bien común, ni de la ley, para revestirse de cualquiera eficacia y llegar á cualquier fin. Y en punto á libertad religiosa, en punto á la falaz libertad de conciencia, la contradicción llega al exceso. Allí precisamente es donde el golpe decisivo se descarga, donde reuniéndose todas las fuerzas, se mata, se aniquila toda libertad. La idea y el sentimiento religiosos son los elementos redentores de los pueblos oprimidos, y contra esta redencion aduna el liberalismo todos sus recursos y apela á todos sus bríos. Extirpa en la mente del niño la santa idea que en ella comienza á anidarse; desvía al adolescente de aquella influencia suavísima, atrayéndolo á extraviados caminos de perdición, adonde no lleguen los dulces ecos ecos de la fe y la piedad; desvanece y seduce al hombre maduro para que ocupado en agitados pensamientos se olvide de su DIOS; y amén de sus impiedades, de sus artérias y sus artificios de los órdenes desquiciados, el liberalismo ocurre á la fuerza para cerrar la escuela católica, para destruir las instituciones religiosas, para poner trabas al culto, que al fin le cierren las puertas del Santuario, y para erizar de abrojos y de espinas, que hagan imposible andar por ellos, los caminos que recorren el sacerdocio augusto y el magisterio venerable, que sostienen y difunden el espíritu y las enseñanzas de la religión.

¡Cuán grandes, qué magníficos son los dones que el liberalismo otorga á la sociedad!

EL CONGRESO DE WASHINGTON

No ha comenzado aún sus trabajos, y ya cierta parte de la prensa americana pronostica el fracaso completo de la idea. Más que eso; da por hecho que la citada asamblea no producirá ningún resultado práctico.

Y ello parece naturalísimo. ¿Qué clase de ocupaciones son las de un convento político, que emplea en paseos la mayor parte del tiempo que ha de durar reunido? Si en la gran excursión de los *panto americanos*—palabra híbrida inventada por el poco culto y nada erudito pueblo vecino, para designar á los congresistas de todas las Américas;—si en esa excursión, decimos, se quiere instruir á los delegados y darles conocimientos acerca de la estadística norteamericana, necia pretensión es. ¿Cómo puede lograrse tal intento en un viaje al vapor, y empleando para ello procedimientos eléctricos?

La hinchada vanidad de los fatuos norteamericanos y el inane orgullo del secretario Blaine, han querido deslumbrar á los sudamericanos con el desarrollo industrial del país. Abrieron para ello crédito raquítico en sí; pero que se hace ya pesado al bolsillo del contribuyente norteamericano, poco afecto á emplear en obsequios su dinero.

Por lo demás, en el mismo seno de la conferencia washingtoniana ha estallado, desde el primer momento, honda división. Los delegados de la Argentina y Chile, únicos que han sabido sostener la dignidad de la raza hispano americana, se opusieron enérgicamente á la elección de Blaine para presidente del congreso, y, á fe, que con sobrada justicia.

Ageno á la asamblea, no era el llamado á presidirla; partidario y propugnador de un sistema político—el proteccionista—que tiene declarada guerra decidida á los productos hispano-americanos—salvo pocas excepciones,—y huesped, además, de los delegados, su presencia en el congreso constituye una rémora á la libre discusión.

Nosotros creemos que los delegados de la Argentina y el Chile tuvieron presente además de esto, que expresaron, que el secretario Blaine, en la lucha electoral penultima, que precedió al triunfo democrático, desarrolló planes de conquiste y guerras, que pugnan ciertamente con las flores retóricas que prodigó en el discurso de bienvenida á los delegados. Y naturalmente ocurre á la mente este concepto: ó ántes, cuando desarrollaba planes bélicos, era sincero el secretario Blaine, ó ahora que brinda paz á los enviados hispano americanos.

De cualquiera manera, resulta Blaine con el cargo de doblez, poco aceptable aun en un diplomático. Pues ó engañó al pueblo norte-americano en la lucha electoral, ó engaña y burla á los delegados hispano-americanos.

Por otra parte, en la asamblea Washingtoniana, como debe suceder en las conferencias de representantes de naciones soberanas, los acuerdos tienen que ser unánimes. Y nos parece poco delicado y nada diplomático de parte del secretario Blaine, aceptar la presidencia del congreso, que bien puede llamarse impuesta á una parte de él. Pero en esto, como en todo, se ve la pueril vanidad en este personaje. Y si esto no es, revela el espíritu de dominación de los Estados Unidos sobre sus vecinos del continente, aprovechando para ello la división que entre todos reina.

Aparte todo esto, es inconcuso que el breve período de tiempo que prácticamente dure la conferencia, no dará otro fruto que hacer que resulte la imposibilidad de establecer comunidad ó alianza aduanera, entre un país que solo admitirá como modelo común, sus ordenanzas, su sistema mercantil y su moneda; y otros que difieren en lo absoluto en todo y por todo, de los Estados Unidos del Norte.

El congreso de Washington es, por lo visto, un paso dado en falso por el secretario Blaine, autor de la idea y del proyecto.

Ya asomó la división en el seno de la asamblea, y esto será nuevo motivo para que fracase completamente.

Los Estados Unidos obtendrán del resultado de la asamblea el conocimiento de que es imposible para ellos derrotar al comercio europeo por medio de congresos de paz. El secretario Blaine tornará, seguramente, como antes, á sus programas y á su propaganda bélica, á través de los Estados de la Unión Americana.

El congreso de Washington va en pos de una utopia que vendrá á demostrar, una vez más, que el desequilibrio mercantil en que se encuentran los norte-americanos, por exceso de producción, constituye una amenaza á la paz de que disfrutan las naciones latinas del Nuevo Continente, y al comercio de exportación de la vieja Europa.

Si la paz se prolonga por algunos años y cambian las cosas en algunos países entregados en cuerpo y alma al gabinete de la Casa Blanca, las naciones hispano-americanas se unirán para oponerse á la política invasora de los Estados Unidos.

La división, el alejamiento en que se han encontrado unos de otros los países latinos de idéntico origen que pueblan la mayor parte del continente americano, tiende á desaparecer.

Las naciones de Sud-América están en comercio continuado. México y Centro-América son los países que se hallan apartados de este trato común. Pero, dado el impulso que ha tomado la construcción de vías férreas, creemos fundadamente que no pasará mucho tiempo sin que desaparezca el obstáculo que por época tan prolongada nos ha separado de nuestros hermanos latino-americanos.

Cuando se logre realizar esta unión, y sólo entonces, se podrá pensar seriamente en una alianza política y comercial, verdaderamente práctica, entre los pueblos latinos del Nuevo Continente. Y no ciertamente con los Estados Unidos del Norte, sino contra ellos, que constituyen el único y gran peligro que amenaza á los pueblos del hemisferio occidental.

Por lo que mira á Europa siempre será para nosotros apoyo político y fuente de riqueza mercantil.

EXTRANJERO

DIVERSOS.

El Journal des Dèbats publica el siguiente telegrama de su corresponsal romano, telegrama que nosotros reproducimos con todas las salvedades que son del caso, dado el origen francés de las noticias que contiene.

Dice así:

"Sé de buena fuente que antes de partir con licencia el ministro de Prusia cerca de la Santa Sede, el príncipe de Bismarck le había encargado que pidiese una audiencia particular á León XIII, á fin de disuadir á Su Santidad del propósito de abandonar á Roma en caso de guerra.

La audiencia fué concedida á principios de Julio, y después se han dado nuevos pasos con el mismo objeto por parte de Alemania, ya directa, ya indirectamente.

"Se supone que el príncipe de Bismarck ha llegado hasta salir garante ante la Santa Sede de que el gobierno de Italia se vería obligado por sus aliados mismos á modificar desde ahora su política eclesiástica, y á comprometerse á observar, en caso de guerra, la ley de garantías. Hasta habría llegado á afirmar que, permaneciendo en Roma, el Papa dejaría abierta una puerta más fácilmente para la solución de la cuestión romana, el día en que, después de una guerra, fuese posible plantearla ante el areópago de las potencias.

"A pesar de todo, el Papa y sus consejeros persisten en su proyecto eventual de partida, por la razón perentoria de que el gobierno italiano, ya tan débil para con los radicales en tiempo de paz, lo sería seguramente mucho más aún en medio de los disturbios de la guerra, sobre todo si el ejército italiano llegase á sufrir una derrota. Por otra parte, la misma situación que resultaría de una guerra europea, convertiría al Papa indefectiblemente en rehen de los dueños de Roma, y haría imposible la libertad de sus comunicaciones con el mundo católico, y expondría la Iglesia á los mayores males, si en otra eventualidad que hay que prever fuese preciso reunir el Cónclave en esos momentos."

En el Congreso católico de Bochum se pronunciaron algunos discursos en que se censuró, más ó ménos francamente, al Cardenal Lavigerie por haber suspendido la reunión del Congreso antiesclavista que debió celebrarse en Lucerna durante el mes pasado. En el fondo de las censuras se descubría que los católicos reunidos en Bochum creen que la suspensión obedeció á un sentimiento de hostilidad á Alemania y de preferencias francesas que, á juicio de los católicos alemanes, están muy fuera de lugar en una empresa católica, universal, humanitaria, como la supresión de la trata humana y la esclavitud.

A última hora se vió que al congreso de Lucerna no iban á asistir sino muy pocos franceses. Las elecciones provinciales, que por entonces se verificaron, ó alguna otra causa mal conocida aún, hizo que se abstuviesen de figurar en la lista de congresistas á la casi totalidad de los franceses de quienes se esperaba que habían de concurrir. En vista de lo cual, y declarando que no era posible tratar de una cuestión como la que iba á ser asunto de las deliberaciones del congreso sin la presencia de una representación francesa numerosísima, el Cardenal Lavigerie, que había convocado el congreso, que había fijado la fecha de su apertura y que había solicitado y conseguido el concurso de personas eminentes de otra nacionalidad que la francesa, suspendió la apertura del congreso, sin fijar plazo ni determinar localidad para la nueva reunión de cuantos se interesan en la empresa antiesclavista. Los únicos que faltaron á la cita fueron los franceses, y el Cardenal suspendió la reunión del congreso fundándose en ese hecho precisamente, y afianzando que no puede haber empresa universal de carácter cristiano sin el concurso de Francia.

De aquí las censuras de Bochum. A las cuales ha contestado el Cardenal Lavigerie en una carta dirigida al Arzobispo de Colonia, de ella entresacamos los párrafos siguientes:

"En los escritos y discursos á que me refiero se dice que el motivo que me impulsó á suspender el congreso de Lucerna fué un sentimiento de oposición, ó si se quiere, de hostilidad á la nación alemana. Usted lo sabe bien; nunca jamás he abrigado en mi alma un sentimiento así.

"Usted no ignora cuál es el que me inspira la Alemania católica. Amo á Francia más que á ninguna otra nación; pero Vd. sabe también que no me mezclo en las divisiones y pasiones políticas; y sabe Vd. igualmente lo que he escrito acerca de la Alemania católica, y la justicia que la he hecho públicamente en sus esplendores africanos.

"No acierto á explicarme la polvareda que han levantado algunos oradores de Bochum contra mi supuesta actitud en el asunto del Congreso de Lucerna, y nada hay más falso que los asertos que han emitido.

"Yo soy un Obispo católico; he hablado y me he conducido como tal; mi deber más imperioso era observar con todos, como observé, las reglas de la justicia y la caridad. Si algún periódico me ha atribuido palabras ofensivas para Alemania, las repudio enérgicamente, porque no puedo responder de mas escritos que los que se publican con mi firma; y á mayor abundamiento ahí está mi carta al Congreso Católico de Friburgo, en la cual ya expresé mis sentimientos hácia Alemania."

El príncipe heredero de Sajonia Meiningen, cuñado del emperador de Alemania, ha publicado en la revista griega *Hestia* un ar-